



Bajo sospecha

Relatos policiales



“Despedirse de un personaje es complicado. Me pasó con Ruth Epelbaum, la detective de la saga que escribí para la editorial Negro Absoluto. Espero tener otra oportunidad con Marcia Meyer, una periodista separada, con una hija adolescente y un jefe que no le perdona una”.

María Inés Krimer

María Inés Krimer

Paraná, 1951

Escritora argentina. Es abogada, pero hace catorce años se dedica solo a la escritura. Se formó en los talleres de Guillermo Saccomanno. Entre sus libros se destacan *La hija de Singer* (2002, novela, Primer Premio Fondo Nacional de las Artes) y *Lo que nosotras sabíamos* (Premio Emecé de Novela 2009).

Turismo Carretera

MARCIA SOSTIENE EL CELULAR CON UNA MANO mientras con la otra disminuye la velocidad de la cinta. Mira el reloj. Está atrasada con la nota que le encargó su jefe, aunque, como siempre, sabe que es cuestión de aferrarse a la silla. El número de chicas desaparecidas aumenta cada día, la mayoría víctimas de la trata. Algunas, como Lourdes Martínez, no fueron olvidadas, pero a las otras se las tragó la tierra: ya hay más de cincuenta casos denunciados. De pronto siente un tirón en el gemelo. Se inclina para masajearlo. Al incorporarse ve que un hombre la mira. Pelo gris cortado a cepillo, cejas pobladas, short y musculosa azules. Nuevo en el gimnasio, piensa. Al bajar, Marcia tropieza, se le cae el celular. El hombre se acerca y lo levanta.

Trata
*Tráfico de
personas.*

Gracias, dice Marcia.

Se dirige a la zona de abdominales. Busca una colchoneta, se acuesta. Hace tres series de veinte movimientos cada una. Los músculos empiezan a quemar.

Pese a que Vera ya tiene catorce, todavía le tira la cicatriz de la cesárea. Marcia se despide del profesor, levanta la mano en dirección a la mesa de entradas y sale.

_____ Camina por la avenida. Las copas verdes de los árboles. El ruido de los colectivos. Una moto. Tiene el cuerpo empapado y un olor acre le sube de los sobacos.

Acre
Áspero, amargo,
desagradable.

Marcia trabaja en policiales del diario *La Mañana*. La redacción funciona en una sala grande con ventanales que dan a una terraza. Hay una puerta frente a los ascensores. Un mapa de las comisarías. Un ventilador apagado. El ruido del *handy*. La pantalla del televisor fija en Crónica. Cada mediodía, no bien llega, Marcia mira los papelitos pegados con scotch en el armario, prende la computadora, se concentra en las noticias. Ahora, una atrapa su atención: “Allanaron dos prostíbulos VIP en el centro porteño”.

¿Fuiste al gimnasio?

Camila hojea una *Caras*.

Sí, estoy destruida.

No vas a aflojar ahora.

Ni muerta, dice Marcia. ¿Novedades?

Un choque en Panamericana. Juan no tiene a quién...

Marcia la interrumpe.

Conocí a alguien.

Camila cierra la *Caras*.

¿Dónde?

En el gimnasio.

Contame.

El *handy* vuelve a sonar. Juan le hace una seña a Camila para que se acerque. Marcia mira al editor. Capote, Walsh, insiste Juan, pero ella sabe que la nota se juega en la calle. Hace años, cuando entró a policiales, tenía su propio buche, un comisario que le tiraba los galgos. Marcia se las ingenió para entretenerlo mientras le sacaba data. Ahora la cana tiene un departamento de prensa que funciona como filtro: ellos eligen la información que pasan. Es como en el truco, piensa, todo el tiempo orejeando la jugada. Una vez, cuando Marcia publicó una nota criticando a un capo de la cuarta le cerraron la canilla. Hasta que Camila llegó para una pasantía y su minifalda hizo milagros.

Marcia desgraba: “Para ellos, la chica es una cosa, es un medio de trabajo, de alguna manera la tienen que ofrecer, nunca la van a tener guardada y entonces es ahí donde pierden, están obligados a mostrarla”.

El hombre sostiene la barra a la altura de los muslos. Levanta los antebrazos hasta tocar los bíceps. Los baja. Al repetir la serie, busca a Marcia con los ojos. Cuando termina, se le acerca.

El aire no funciona, dice.

Marcia señala el aparato.

Con este calor.

Él asiente.

Fabián, se presenta.

Marcia.

¿Hace mucho que venís?

Un tiempo. ¿Y vos?

Recién arranco.

Siguen parados, sin saber qué decir.

Nos vemos.

Claro.

Marcia revuelve el cajón de las mancuernas. Una se desliza y cae cerca de su pie. Suficiente por hoy, piensa. Desde que empezó la nota, le cuesta conciliar el sueño. El único informante que consiguió hasta ahora no le aportó gran cosa ni mencionó algo importante. Al salir del gimnasio, ve a Fabián parado en la esquina. Bermudas. Camisa suelta.

Vas para allá, dice.

Caminan unas cuadras uno cerca del otro buscando la sombra de los árboles. Él tiene una expresión particular en la comisura de los labios, en la manera en que mastica las palabras. Mueve los dedos, juega con un llavero. En el extremo cuelga un Chevy negro, en miniatura. Llegan a la avenida, doblan. Pasan un kiosco, una confitería. Marcia se detiene en la puerta de un edificio de ladrillo a la vista.

Vivo acá.

¿No es ruidoso?, pregunta él.

Te acostumbrás, dice Marcia.

Hace una pausa.

¿Querés un café?

No bien abre la boca, Marcia se da cuenta de que es otra cosa la que la impulsó a hacer la invitación. Por primera vez, desde que se separó, tiene el departamento disponible. Él hace un comentario sobre los espejos del palier. El ascensor zumba. Marcia forcejea con la Trabex. Cuando abre, Fabián se queda parado

en el pasillo. La luz de la mañana, filtrada por las persianas, rebota en la mesa de vidrio. Entran. Fabián se detiene en la lámpara metalizada, en la computadora que está sobre el escritorio. Mira una instantánea de Marcia en blanco y negro. Después, la foto de Vera.

¿Tu hija?

Sí, está en la playa, con el papá.

Él asiente con la cabeza.

Marcia lo lleva al dormitorio. Baja la persiana. Demasiada luz. Le pone una mano en la nuca y le da un beso corto en los labios. Juega con el botón de la bermuda. Aterrizan en la cama. Después, Fabián se adormece.

El ruido del *handy* perfora policiales. La pantalla anuncia: “Último momento”. Camila, sentada en medio de la redacción come un sándwich de jamón y queso. Unas miguitas le caen sobre la musculosa. Las junta con la yema del índice y se las mete en la boca.

Te imprimí esto, dice.

Extiende los pasajes.

Marcia guarda los comprobantes. Como la más veterana en policiales, le tocó entrevistar a las pasantes. Camila había trabajado en prensa, hablaba inglés y manejaba como pocos las redes sociales. Una tarde, mientras compartían un café, Marcia le habló de Vera, de su dificultad para quedar embarazada. Pero a medida que pasa el tiempo se pregunta si no se equivocó con esas confidencias. Más de una vez la sorprendió inclinada sobre el escritorio de Juan. Marcia intenta escribir, pero algo le interrumpe cada frase, le nubla

lo que está por contar. Repasa la información que dispone sobre Lourdes Martínez. La chica era promotora, desapareció después de una carrera. Ya tiene para empezar, dónde hincar el diente: la madre acusó al gobernador, al hijo y al jefe de policía.

Cómo se llama tu candidato, dice Camila.

Fabián.

¿Y qué tal?

Marcia sonrío.

Me lo tenés que presentar.

Marcia le mira las piernas largas, interminables. Camila no necesita matarse en el gimnasio, piensa.

Marcia se baja del subte. Los carteles de neón le cambian la cara con el juego de luces y sombras. Un pie se adelanta al otro, afiches, luces, gente. Mientras camina, piensa en Fabián. Dos días atrás, al salir de la cocina, lo sorprendió mirando unas hojas alineadas al costado de la computadora. “¿Esto es tuyo?”, preguntó. “Sí”, dijo Marcia. “Una nota que estoy haciendo para el diario. Dentro de unos días viajo a una audiencia”. Ya se encamaron varias veces, siempre de la misma manera, él la espera a la salida del gimnasio y después se esfuma en el aire. Cada vez que Marcia intenta averiguar algo más sobre su vida, él menciona unas materias de Económicas, una distribuidora de accesorios de General Motors, un futuro local en Warnes. Marcia entra al departamento. Abre la heladera y saca un yogurt. Lo está comiendo cuando suena el teléfono.

¿Sí?

Silencio al otro lado de la línea.

Hola, hola.

Cuelga.

Desde la avenida sube el ruido del motor de un auto.

Marcia prepara la valija. Dos pantalones, camisas, una remera. Almuerza y llama un taxi. Llega a aeroparque. Camina entre los altavoces. Gente con la mirada fija en los celulares. Puestos con diarios. Los carteles de arribos y partidas. Antes de embarcar entra al baño. Se lava las manos y las pone debajo del secador automático. Se sienta en la sala de espera y prende la computadora. Las evidencias contra el gobernador aumentan. Aunque ya tiene varios archivos de la nota, ninguno la convence. Sabe que el encargo de Juan aumentará la tirada de *La Mañana*: el escándalo promete. Ahora la azafata comprueba que los cinturones estén ajustados. Durante el vuelo, Marcia solo acepta un café y un vaso de agua. Al bajar, el sol le quema la nuca, la aplasta como un rodillo al asfalto. El hotel no tiene registrada la reserva. “Está todo ocupado”, dice el conserje, aunque en el *lobby* hay un silencio de muerte. Marcia peregrina hasta encontrar una pensión. Se baña, se cambia la ropa. La siesta vació las calles. Camina con la camisa pegada a la espalda hasta llegar a Tribunales, un edificio amarillo, descascarado. Adentro, los jueces se mueven en sepia. “Recorrimos hospitales, hablamos con las amigas. En la comisaría decían que se había ido con el novio. No tenían papel para tomar la denuncia ni nafta para la camioneta”, dice la madre. Al salir,

Marcia tiene la sensación de que la siguen. Se mete en una boutique, busca el refugio de un perchero. El patovica entra, da una vuelta, sale. Borcegos, remera negra, un Chevy tatuado en el brazo.

El mismo, piensa Marcia, mientras nota que el pulso se acelera. Recuerda que Fabián le habló del duelo entre las marcas. Ford. Chevrolet. Dodge. Torino. En principio, las carreras se corrían en tierra, pero desde los noventa se hacen en los autódromos. Al llegar, la noche es una vidriera iluminada. Sombras. Luces. No bien entra al departamento, mira el potus seco. Mensaje de Vera: “Mami, me hice un *tatoo* en el tobillo”. Otro de Camila: “Tengo novedades”. Se está metiendo demasiado, piensa. La imagen de cómo le refregaba el escote a Juan le taladra la cabeza. Y esa sugerencia de husmear en el Facebook. Marcia se desabrocha la camisa. Se la saca. Busca una remera vieja. Arranca dos hojas del potus. Las estruja con la mano, las tritura. Va a la cocina, llena una jarra con agua y humedece la tierra. El teléfono suena.

No atiende.

El teléfono vuelve a sonar.

Levanta el tubo.

La voz es áspera.

Pará con esa nota.

Marcia se sienta frente a la ventana, las rodillas contra el mentón. El edificio está rodeado de otros más bajos y mira, a través del vidrio, los techos con claros y sombras, pantallas de los televisores titilando, figuras que se mueven, ropas olvidadas en un tónder.

En ese momento, escucha el timbre. Tres veces en diez segundos.

Soy Fabián.

Recién llegué.

Quiero verte.

Marcia mira el reloj. Por un momento piensa en no abrir, pero pulsa el botón.

Fabián, con la mano apoyada en el marco de la puerta, balancea el llavero con el Chevy.

Pensabas que te ibas a escapar.

No bien entra, él le dice que la extrañó. Aflojá, sonríe, estás muy tensa. Ella le pregunta cómo va lo de Warnes. Mientras él le cuenta los problemas para la importación de repuestos, ella nota que se detiene en la foto de Vera. Es otra mirada. En el instante que dura queda fija en el portarretrato.

Marcia escribe: “Fuertes evidencias vinculan al gobernador, a su hijo y al jefe de policía con la oferta sexual en Turismo Carretera. Se investiga la relación con el caso de Lourdes Martínez”. A un costado hay anotaciones. Juzgados. Fiscalías. Expedientes. Lourdes tiene la edad de Vera, piensa. Recuerda cuando, años atrás, perdió a la nena en Plaza de Mayo. La estaba observando juntar unas piedras. Por un momento se entretuvo con una marcha que avanzaba hacia el atrio de la catedral. Cuando se fijó, su hija no estaba. La buscó de una punta a la otra de la plaza hasta que la encontró detrás de la pirámide jugando con las palomas. Ahora Camila se acerca apantallándose con la *Caras*. Se sienta sobre el escritorio, cruza las piernas.

¿Terminaste?, pregunta.

En eso estoy, dice Marcia.

Estuve averiguando.

Extiende el índice, los otros tres dedos plegados sobre la palma.

Marcia frunce el ceño.

Te dije que no te metás.

Con vos no se puede hablar.

Marcia mira el ventilador.

Disculpame, dice.

¿Querés contarme?

La noche mantiene el calor de las paredes. Marcia camina cerca del cordón. Unos pasos retumban a sus espaldas. Se apura, no quiere darse vuelta. Ve un auto negro en la avenida. Está rígida cuando llega a su casa. Cuando cierra la puerta, se siente a salvo. Va a la cocina, abre la heladera y toma agua del pico de la botella.

Suena el teléfono.

No atiende.

El teléfono vuelve a sonar.

Marcia le pidió a su ex que prolongara sus vacaciones en la playa. Tiene miedo por su hija. Y por ese mail que recibió cerca del cierre y que eliminó después de verlo: “Si seguís con eso, la vas a pasar mal”. Marcia se pone unas pantuflas. Busca la nota, se enrosca en el sillón. Calcula una vez más las páginas, el tiempo que le llevará revisarlas. No puede concentrarse. La mano presiona la rodilla. La abre hasta que los dedos se estiran al máximo y los vuelve a cerrar. Se para, entra a la

cocina, corta un pedazo de queso. Esa madrugada cree oír ruidos extraños. Le parece que es el ascensor. Y es el ascensor. Subiendo. Se detiene en su piso.

El gimnasio nuevo tiene una sala de aparatos y barras de pared a pared. Se ve, a través del vidrio, el azul de la piletta. Marcia hizo el cambio para no cruzarse a Fabián. Esa mañana arranca con la prensa. Empuja la plancha. Baja y se detiene cuando las piernas llegan al mentón. Las estira, las mantiene así unos segundos. Saca los discos y camina hacia el bar. Estuvo bien el cambio, piensa y busca una Gatorade de la heladera. A medida que transcurren los días, se convence de que pronto terminará olvidándose de lo que pasó. Vuelve a la sala de aparatos, se sube a la cinta. La prende y camina como si remontara un sueño. Ya entregó su trabajo en el que señala al gobernador y a su hijo como parte de una banda que captaba chicas en Turismo Carretera para prostituir las en el extranjero. Juan le aseguró que saldrá el domingo como nota de tapa.

Marcia mira el reloj, para la cinta. Tiene que ir al supermercado, preparar la cena para recibir a su hija. Hace planes. Antes de entrar al diario, puede comprarle una remera. O preguntar el precio de la tablet que Vera le pidió para los quince. Sale a la calle. Camina unas cuadras hasta llegar a la avenida. Se detiene en la vidriera de la confitería, entra y elige una torta de chocolate. La está pagando cuando ve a Fabián parado en la entrada del kiosco. Marcia atraviesa la puerta con la torta pegada al pecho. Evita unos perros que la chumban, cruza la calle. Trastabilla dos veces, una

al tropezar con el cordón y otra al rozar un macetero. Da una vuelta a la manzana. El pecho le duele, la respiración se le bloquea. Cuando llega a su edificio, no acierta con la llave, la mano le tiembla. Atraviesa el palier. El zumbido del ascensor. Entra al departamento. Traga un Alplax con un vaso de agua, casi sin respirar. Trata de serenarse. Respira despacio, piensa. Afloja los tobillos, las piernas, los brazos. Guarda la torta en la heladera. Se mete en la ducha, deja correr el agua. Se prepara una taza de té. Afuera está oscureciendo. Los edificios adquieren una tonalidad ceniza. Marcia se muerde una uña, prende la computadora. Ahora el viento envuelve la ventana con las primeras ráfagas de lluvia. Vuelve a leer la nota, se detiene en el nombre del gobernador. Lo googlea una vez más, pone “buscar imágenes”. En el acto de asunción, con la familia. En la inauguración de una guardería. En el centro de jubilados. En el festival de doma y folklore. En la llegada de Turismo Carretera. Al costado del palco, debajo de unos banderines de colores, una chica le llama la atención. Amplía la foto. No puede creer que sus ojos vean lo que está viendo. La credencial se lee con claridad. Dice: Jefa de Prensa. Marcia mira, como hipnotizada, las piernas largas de Camila.

Afuera, la lluvia golpea con más fuerza. Las hojas se amontonan en el balcón.

El celular suena.

¿Llegó Vera?, pregunta su ex.

No.

La calle estaba imposible, no pude estacionar. Al bajar se encontró con una amiga.

Marcia mira a través del vidrio. La terraza está anegada y el agua moja la ropa del tender.

Al rato el teléfono vuelve a sonar.

¿Sí?

Tu nena quiere hablarte, dice Camila.



Cuento inédito.

Si te gustó...

The Buenos Aires affaire, de Manuel Puig; *Los muertos de arena*, de Elvio Gandolfo y Gabriel Sosa; *El enigma de París*, de Pablo de Santis; *Cama de huesos*, de Patricia Cornwell; *El lugar secreto*, de Tana French; *Betibú*, dirigida por Miguel Cohan; *Tesis sobre un homicidio*, dirigida por Hernán Goldfrid; *Boogie, el aceitoso*, dirigida por Gustavo Cova.



Coordinación editorial

Daniela Allerbon

Edición

Pilar Amoia, Bárbara Talazac y Ariadna Castellarnau

Asistencia editorial

Débora Ruiz, Florencia Argento y Daniela Valeiro

Corrección

Gabriela Laster

Diseño de la colección

Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación

Jimena Celis

Gestión de derechos de autor

Natalia Silberleib y María Nochteff Avendaño

Digitalización

Biblioteca Nacional

Agradecimientos

Facundo Piperno, Laura Ponce, Luis Mazzarello.
